Ángel Manfredi Mayoral

POR MI AMOR, VOLVERÉ A SEVILLA



Para toda la gente y los lugares que quiero, forman parte de mi vida y de uno u otro modo están reflejados en los personajes y sucesos de este libro.

A mi padre, del que me siento orgulloso. Creo que le gustaría esta novela.

Para Rosario, una Mujer con mayúscula por la que vale la pena soñar.

POR MI AMOR, VOLVERÉ A SEVILLA

Ángel Manfredi Mayoral



Ediciones Albores

POR MI AMOR, VOLVERÉ A SEVILLA
1ª Edición: Sevilla a 10 de Marzo de 2023
©Copyright de la obra: Ángel Manfredi Mayoral
©Copyright de la foto: Manuel Miras Gómez
©Copyright de la edición: Ediciones Albores
Email: info@edicionesalbores.com
ISBN: 978-84-19385-87-1
Web editorial: www.edicionesalbores.com

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra, así como su contenido y/o el diseño de portada y contraportada.
La editorial se exime de toda responsabilidad sobre los posibles daños o perjuicios que pudiera ocasionar el contenido mismo de la obra.

1

EL ABOGADO DANDRÉS

Cuando giró en la esquina se topó con el aroma. Tropezó con él como si fuera una persona; un ente vivo, sólido y palpable.

No era solamente un olor, tenía personalidad propia, casi rostro. Era una fragancia que a la vez olía a ternura y a cariño; a pasión y a deseo; a ropa tendida al sol y a sábanas sudadas; a piel tersa y a cabello revuelto; a mujer y a hembra; a tranquilidad y a desasosiego.

La seducción del perfume era tal que resultaba imposible evitar una fascinación irracional unida a un recelo cauteloso, como la peligrosa atracción al vacío del borde de una sima o de un acantilado.

Miró a un lado y a otro estupefacto, buscando una explicación o un interlocutor con el que compartir su sensación, pero los viandantes parecían ajenos al impacto emocional que en él se había despertado. De hecho, nadie parecía percatarse de la presencia física que envolvía la esquina ni, como él, arrugaba la nariz tratando de llenarse del aroma para retenerlo y llevárselo incorporado a su memoria y hacerlo para siempre parte de su vida.

Era una esquina concurrida, de habitual tráfico fluido de personas que se mezclaban en esa encrucijada todos los días camino de sus asuntos, de sus negocios y de sus afanes. Un sitio de paso, no un lugar donde se podría detener un caminante que saborea su lento paseo para decidir qué calle de las que allí se cruzaban elegiría para continuar.

Este lugar no le era desconocido, aunque no había pasado nunca por él ni era parte del recorrido cotidiano de Julio Dandrés camino de su bufete. Habitualmente su itinerario era otro, aunque en una ciudad como Sevilla se pudiera ir entre dos puntos de su casco por varios rumbos distintos, todos casi iguales en su distancia y en su entorno, fruto de un trazado histórico casi inalterado, de travesías entrelazadas y ausencia de perspectivas rectas; donde la calle nunca acababa, sino que presentaba una fachada al fondo y allí se curvaba a un lado u otro, en un recorrido siempre alternativo y siempre continuo que llevaba a cualquier destino de la ciudad.

Esa mañana Julio Dandrés estaba citado con un cliente para un asunto importante; importante por lo delicado de la operación e importante por la urgencia, pues debía solucionarse antes de que éste regresara a su país de origen. No le conocía personalmente ni le ponía cara a su voz. Había hablado con él un par de veces para concertar esta primera cita, sin más detalles del tema que la necesidad de tratarlo en persona por su extrema confidencialidad. Su voz era educada y se lo imaginaba culto y curioso.

Lucía, su secretaria, le había dicho que era sudamericano, aunque no supo concretar de qué país ni había podido adelantarle nada del propósito que le traía a Sevilla. Insistía en tratarlo sólo con él y cara a cara.

Ella sí le había visto personalmente en el despacho el día anterior a la cita, cuando se presentó sin avisar pretextando que se había equivocado de fecha. Lucía supo de inmediato, por pura intuición, que sólo quería palpar previamente el ambiente que reinaba en la oficina donde se reunirían, y el despacho pareció agradarle. Solamente por su interesante sonrisa y su aire cosmopolita mientras se excusaba, le supuso un hombre rico, con mucho dinero. En su fuero interno le había apodado *El Indiano* y le atribuyó un punto romántico, tierno y soñador: un cazador de sueños caros que podía permitirse.

Julio Dandrés disponía de algo de tiempo antes de la hora de la cita y por eso había escogido una ruta distinta algo más larga de la habitual que le concediese unos minutos para poner en orden sus ideas mientras se encaminaba al bufete. Marchaba ensimismado en sus pensamientos y, como siempre que sopesaba una decisión, rascándose la nuca descuidadamente. Era éste un gesto característico muy conocido por sus amigos y también por sus enemigos profesionales, que temían su firme y decidida reacción cuando terminaba de tocarse con la yema de los dedos esa imperceptible señal en forma de aspa escarlata que tenía como marca de nacimiento en la parte trasera del cuello, en el centro del cogote, junto al nacimiento del pelo.

El encuentro con aquel turbador olor le había sacado momentáneamente de su concentración y buscó su origen mirando a su alrededor, algo despistado. No parecía provenir de una persona concreta con la que se hubiese cruzado, ni del portal abierto que

acababa de pasar, ni de una inmediata tienda de comestibles, ni de un árbol próximo. Estaba allí y parecía pertenecer al lugar, aunque nadie lo notase; pero no estaba fijo, sino que se desplazaba.

Julio Dandrés debía seguir al frente para continuar hacia su despacho, pero en esa dirección el perfume se perdía. También el rastro desaparecía al tratar de seguirlo por la calle de la izquierda. A pesar de su temeroso recelo, una irresistible atracción le arrastraba hacia la derecha, desde la encrucijada donde se había topado con la fragancia.

En todo caso, ya no disponía de margen de tiempo si quería ser puntual a su cita. Aspiró profundamente el seductor aroma para retenerlo en la memoria y fijó en su recuerdo la esquina y la calle hacia donde parecía continuar.

Quizá otro día, pensó.

Julio Dandrés era un tipo ordenado, metódico y casi maniático en sus asuntos profesionales, en contraste con un cierto desaliño en su modo de vestir, en su manera de moverse o incluso en su florido pero cortante verbo, como el que amaga una estocada con un florete y acaba envainándolo.

Quienes le conocían decían que todo era un disfraz para esconder su timidez, una especie de atrezo para la puesta en escena que supone el trabajo como profesional libre, en la calle, en contacto con clientes distintos y variados de los que hay que conocer su manera de ser y su personalidad como paso previo a ejercer para ellos.

Decía que contaba a sus clientes como amigos, que no podría trabajar nunca para alguien que le confiaba su intimidad y se desnudaba ante él sin ser su amigo. Muchas veces se confiaba a ellos más que ellos a él, y esa actitud le había costado muchas decepciones y algún dinero. Pero eso nunca le hizo cambiar.

Cuando algún íntimo se lo recordaba, con un cierto reproche afectuoso, Julio Dandrés le respondía que él hacía lo que había que hacer: lo correcto, lo que se esperaba de un amigo, y que eran los otros los que se equivocaban. Siempre terminaba la conversación con un «de esa manera ganan dinero, pero pierden todo lo demás» sin explicar nunca qué era aquello de «todo lo demás», aunque dando a entender que era un conjunto de cosas muy profundas y muy valiosas, del tipo del honor y del prestigio; mucho más valioso que el dinero, claro. Porque el prestigio, decía, no solo era una cualidad del

profesional libre, sino que era el único patrimonio que debía de poseer el ser humano.

Hacía casi veinte años que Julio Dandrés ejercía de abogado y siempre había trabajado desde la misma oficina alquilada. No necesitaba una mayor o más vistosa —él decía «rimbombante»—. Se sentía cómodo en ella y en donde estaba situada, que era, además, el mismo barrio de la casa en que vivía.

Otros compañeros, recién licenciados y todavía sin recursos propios en aquel entonces, montaban sus bufetes por todo lo alto comprando módulos de oficina en edificios recién terminados, donde se gastaban una buena cantidad de dinero entrampándose en unos créditos draconianos que los bancos les otorgaban a unos intereses que entonces eran legales. En otros casos, el dinero *en crudo* provenía directamente de sus familias junto con una buena cartera de clientes heredados. A estos últimos Julio Dandrés los catalogaba, sin ningún tipo de reproche, *ricos por la cuna*.

El montaje de estos bufetes incluía carísimos muebles y lámparas «estilo inglés», largas mesas de reunión con tapa de caoba, antedespachos con plantas naturales y litografías en colores con escenas de caza —jaurías en primer plano y jinetes al fondo vestidos de punta en blanco y sombrero de copa— o estampas de barcos que mostraban veloces veleros de la carrera del té o vapores victorianos de otras épocas; cosas así. También había sofás de cuero tintado donde los clientes esperaban leyendo revistas de viajes exóticos y escuchando hilo musical, y en los que habían sido acomodados por una secretaria de piernas interminables que después de un rato de espera les anunciaba con un «el señor abogado les recibirá ahora»; aunque el picapleitos de turno hubiese estado haciendo tiempo en su despacho fingiendo mucho trabajo y luego, al recibirles estrechándoles la mano, se disculpara explicando que le habían cogido terminando de redactar un recurso urgente o atendiendo una inesperada llamada de alguien importante. En este tipo de excusa era bueno mencionar a algún conocido político municipal o promotor inmobiliario de mucho cartel y poca vergüenza; «un lince», se solía decir con un guiño cuando se hablaba de él en las tertulias de la ciudad.

A Julio Dandrés esas gracias le reventaban.

La vivienda sí era de su propiedad, pero no había querido tener en

ella también su oficina, que hubiese cabido con holgura y cierta independencia adaptando parte de la planta baja.

Vivía solo —muy a su sabor— en una casa de dos plantas rehabilitada a partir de las trazas originales del siglo XVI por un modesto constructor de un pueblo, quien se hizo su amigo incondicional cuando le sacó adelante un pleito con un vecino al que le daba apuro denunciar —«cosas de los pueblos, don Julio»— porque era un viejo amigo de la familia. Le iba invadiendo desde hacía años —«poco a poco y por la cara, lo que yo le diga»— el lindero de unos terrenos agrícolas que había heredado de su padre, allá en la Campiña de Carmona. El tema lo llevó muy profesionalmente, muy aséptico, y al final no se perdieron ni el terreno invadido ni el amigo de la familia, de toda la vida.

La edificación era una antigua casa popular sevillana. Constaba de dos plantas, con un patio trasero y otro interior, de modestas proporciones y adosado a la pared del vecino, al que se accedía entrando a mano derecha.

Esta medianera era el resto de un paño de la antigua muralla —le dijo el agente inmobiliario— donde aún podían apreciarse grandes sillares, algunos de ellos de piezas reutilizadas, entre las que sobresalía una estatua romana de mármol descabezada y amputada usada en posición vertical como un sillar más. Julio gustaba de gastar bromas a sus visitantes cuando, al entrar desde la calle, con la casa a oscuras, encendía primero una pequeña e inquietante luz que había colocado entre la hornacina y la estatua, con lo que el torso de ésta les parecía un amenazante fantasma decapitado; y entre risas, se colocaba él mismo pegado a la pared, frente a sus amigos, y palmeaba el culo de mármol.

Después de la rehabilitación, la distribución interior podía compararse a una cajonera con dos espacios continuos: uno en la planta baja y otro en la superior. En realidad, esa era la imagen que le transmitió al arquitecto, y así lo plasmó éste en los planos que le entregó al constructor antes de que empezaran a caer todas las paredes intermedias, menos las que eran muros de soporte de los techos.

La zona de la fachada tenía un gran portón con una cochera unida al zaguán, de las dimensiones de un antiguo apeadero de carruajes de caballos. Al fondo, pasado el patio interior y la escalera, había una

amplia cocina y una no menos amplia despensa —Julio Dandrés era un reputado cocinillas—. Junto a los fogones había una holgada sala con sitio para comer sin mucho protocolo. Todo ello se difuminaba con el patio trasero, donde un porche previo protegía en los días de lluvia y de mucho calor. El umbroso espacio exterior, que se dejaba ver insinuante desde el zaguán de la entrada, acababa en una cuchicheante fuente adosada en el muro final con arriates perimetrales de plantas trepadoras.

Centrado en el patio trasero, y colocado sobre un trípode, se asentaba un macetero que había sido el gran lebrillo de barro vidriado del lavadero de la primitiva casa dieciochesca. Estaba plantado de geranios, de agradecida correspondencia floral al escaso riego del que eran objeto por parte de Julio Dandrés, y tenía en su centro un desvencijado paraguas negro abierto, sujeto a un palo vertical con un par de travesaños, y un cuenco de barro desconchado con restos de comida.

Todos estos elementos proporcionaban un inusitado hábitat para una despeinada corneja que, sin sujeción alguna, permanecía allí día y noche quieta, excepto cuando describía algún esporádico y corto vuelo hasta la fuente mural para beber y algún que otro correteo por el interior de la casa yendo y viniendo desde el hombro de su amo hasta cualquier mueble o lámpara. Era un ave estoica y conformista que apenas alborotaba. Solo en ocasiones interrumpía, repitiendo frases sueltas con su voz grave, alguna animada charla que pudiera darse en su entorno inmediato durante la sobremesa de alguna concurrida reunión celebrada al aire libre.

El excéntrico pájaro había aparecido por la casa mientras se hacían las reformas y nadie supo nunca de dónde había salido.

Empezó comiéndose a hurtadillas la comida del hatillo de los albañiles, quienes al principio se enfadaron y luego le fueron apartando pequeñas porciones que iban dejando en el lebrillo desmontado del lavadero, que en aquel entonces aún esperaba su destino final como macetero en el patio trasero. La corneja acabó teniendo su ración diaria, que puntualmente acudía a compartir con los obreros en su descanso, intercalando entre sus charlas roncos graznidos que a ellos les recordaban, entre risas, las voces del capataz.

Cuando la obra terminó y el lebrillo comenzó su nueva andadura

como macetero, ya llevaba incorporado el pájaro, que Julio Dandrés adoptó como inapelable mascota sin haber tenido nunca intención de tener alguna, aunque a veces dijera a los amigos que la había buscado expresamente porque su admirado Dickens tuvo también una corneja —«¿O era un cuervo?»— como fetiche.

La planta alta de la casa tenía dos balcones a la calle que originariamente correspondían a dos habitaciones separadas que se habían unido para crear un amplio dormitorio. En un lateral cabía una mesa, una librería y un sobado y cómodo sofá donde poder terminar un informe urgente antes de dormir —muy urgente debía de ser—, o leer un poco o escuchar música o echar una pequeña siesta.

La zona principal era un espacio único que daba a ambos patios. Encerraba un ambiente mágico por luminoso, silencioso y acogedor. Los muebles y las lámparas salpicadas delimitaban una zona de estar poco convencional. El núcleo principal era la biblioteca, donde un antiguo sillón muy usado, que se veía bueno —un capricho de anticuario—, destacaba junto a un par de sofás en ángulo y una mesa baja, todos orientados en dirección a una gran pantalla de plasma que Julio Dandrés utilizaba más para ver películas que televisión.

Un sofisticado equipo musical alojaba a su gran compañera de vivienda, la omnipresente música clásica, de la que una amplia colección de cedés —dominada por su admirado Bach— compartía estanterías con una gran cantidad de libros de todo tipo. En su biblioteca abundaban las novelas de temática histórica y los libros de arte e historia general, con un apartado específico para Andalucía y otro para los de temas náuticos. Estos últimos se codeaban con algunos grabados originales de heroicos navíos de Trafalgar y de esforzados galeones de la Carrera de Indias.

Aunque siempre había algunos títulos profesionales desperdigados por la casa que iban y venían, la mayoría de estos volúmenes los guardaba en el bufete por ser ajenos a su devoción —«laicos», los llamaba él—. Algunos de los ejemplares de mayor formato estaban desparramados por el salón: sobre alguna mesita auxiliar, encima de un taburete, sobre el brazo de un sillón o en horizontal sobre el lomo de una hilera de libros de algún estante. Todo indicaba que eran de uso esporádico pero cotidiano y habían sido, en algún momento, elegidos al azar para una consulta apresurada o para contemplar las láminas coloreadas solo por

recrearse en ellas o mostrárselas a un amigo ilustrando una conversación o reforzando un argumento.

Muchas veces —casi siempre—, acompañaban a Julio Dandrés a una puntual visita matutina al cuarto de baño —ya había acostumbrado a su organismo y evacuaba siempre recién levantado, aunque no notase la necesidad—. Allí, en el baño, estos libros le esperaban, abiertos por la página del día anterior, sobre una banqueta situada exclusivamente para ese fin delante del inodoro. Eran ejemplares que para una lectura breve ofrecían la ventaja de no tener una trama a seguir, explicaba a algún visitante ocasional que a la vuelta del baño, inevitablemente, los hubiera visto y le hiciera un comentario. Podían ser abiertos por cualquier página y leer algunos párrafos, que en ocasiones eran los mismos pies de foto de un libro en los que predominaban ilustraciones o mapas o fotos históricas. Libros con cosas así.

La casa terminaba en una azotea que utilizaba fundamentalmente en soledad mientras pensaba en asuntos de trabajo; al amanecer, con un primer café —para temas de inmediata resolución en cuanto llegase a la oficina—, o al atardecer, cuando paladeaba despacio una última copa, pensando en los trámites que acababa de dejar sobre la mesa del despacho. En algunas de estas ocasiones, si le acompañaba algún amigo o cliente —a veces eran ambas cosas a la vez—, les daba la del alba.

En la azotea, solo o en compañía, Julio Dandrés disfrutaba haciendo de Diablo Cojuelo y observaba los tejados de la ciudad desde su silenciosa atalaya, imaginando las vidas que se vivían bajo ellos e improvisando peregrinas biografías. Detenía la mirada en las numerosas veletas que desde allí se distinguían y que, enmarcadas en el especial azul del cielo de Sevilla, parecían indicarle un rumbo cambiante hacia la voluble felicidad. A los amigos que le acompañaban les contaba siempre que para los no avezados en mirar veletas en movimiento —«más allá de la belleza del objeto»—, sin ser labradores, ni marineros, ni meteorólogos, ni nadie que las utilizara de modo práctico, la punta indicaba hacia dónde caminaba el aire. «Craso error —les descubría divertido—. Es justamente al revés, la punta de la veleta indica de dónde nos viene el viento, de dónde sopla.»

Otras veces, atacado por una momentánea melancolía vespertina,

se repetía a sí mismo o recitaba al amigo en un lento susurro aquel verso de García Lorca:

Cuando yo me muera
que me entierren, si quieren
en una veleta.

Julio vivía y trabajaba en el casco histórico de Sevilla, en el mismo barrio pero en edificios separados por un paseo de diez minutos. Todos los días, en el recorrido entre ambos, hacía una parada habitual en el Bar Luciano, donde desayunaba a la ida o tomaba una cerveza a la vuelta. Siempre pedía lo mismo y a la misma hora; era un cliente previsible y cotidiano, un espécimen anhelado por cualquier tabernero.

El desayuno le esperaba en la barra porque empezaban a preparárselo al verle llegar desde la esquina. Menos la tostada, que requería un punto de espera para obtener ese aspecto que sólo Luciano le sabía dar —un «bronceado playero», así lo llamaba—. Cuando servía el plato, describía una elegante curva descendente desde la altura de la oreja derecha hasta su suave aterrizaje sobre la barra, justo al lado del café. La tostada de Julio venía ya, desde la tabla inmediata al tostador, con un corte a lo largo. «Para no mancharme el bigote», le había indicado el abogado en una ocasión, hacía mucho tiempo.

El café lo tomaba Julio muy negro y con una gota de leche fría: «De color caoba de Cuba, no un cortado en taza pequeña, sino en vaso largo, para mojar. Y un par de sobres de azúcar para llevar». El vaso de agua fría —como en todos los bares de Sevilla— venía de serie, sin pedirlo.

Cosas así, de cómo le gustaba a cada uno el desayuno o el aperitivo, se las decían a Luciano una vez y ya no se le olvidaban: «Una cervecita rápida bien tirada, con un par de aceitunas. No me pongas un plato lleno, que me lo como y no quiero». Conocía el gusto particular de cualquier cliente que parara allí por ser vecino o porque c*omo allí ná* para comerse la tapa mejor de Sevilla o la cerveza más fresca y mejor tirada o el café en un punto que él ya conocía y sabía distinguir de otros cien más, o simplemente porque el periódico estaba esperando sobre el mostrador y sobraba un rato.

Cuando Luciano padre murió, su hijo, que ya había heredado el nombre, añadió al legado el bar y la lista mental de los gustos de

cada cliente habitual, pues había estado muchos años a su lado ayudándolo y se fijaba en todo. Ahora el jefe era él y le ayudaba un sudamericano al que le faltaban algunos papeles pero andaba sobrado de ingenio, memoria y desparpajo cortés.

Para consumiciones de cocina que Julio o cualquiera le pidiese y no fuesen las habituales en el parroquiano conocido —esas tapas las tenía ya casi preparadas al verlos llegar—, Luciano siempre anunciaba la presteza en el servicio con un «¡En la mano lo tengo!», gritando desde la minúscula cocina del fondo del bar, en inmediata respuesta a la voz del camarero que había recogido el pedido en el mostrador. Cuando era hora punta y los pedidos se acumulaban, los clientes diarios y amigos se miraban entre sí y decían entre risas: «¡Dadle un respiro al pulpito, que no tiene más que ocho manos!».

Por lo habitual Julio no se detenía más de lo imprescindible, quizá un rato más largo de lo normal para la lectura premeditadamente lenta del periódico, con un par de cervezas y una tapa de chicharrones: «Se huelen desde la calle, Luciano. Es que los acabo de freír, don Julio»; o para un antojo del mosto de temporada que Luciano traía del Aljarafe —«De Salteras, por supuesto», respondía rotundo al que le preguntaba—; acompañado de unos caracoles flotando en una taza de las de café, con más caldo aparte en un vasito de los de aguardiente. «También tenemos cabrillas en salsa, acaban de salir», decía Luciano en voz alta, mirando a un lado y otro con sus ojos de milano para atisbar algún gesto de interés por la nueva tapa, fingiendo que Julio podría reconsiderar lo de los caracoles, aunque ambos supieran que era más para aprovechar el momento y pregonarlo entre la clientela que para hacerle cambiar de idea.

Cuando la ocasión lo requería, Julio hacía del Bar Luciano una prolongación de su propio despacho. A veces podía sentarse con una copa larga para despedir a un cliente, y aprovechaba la calma del momento para hablarle en un tono más relajado y menos profesional de algún matiz de su caso, con la intención de plantear algo que ambos sospechaban que había llegado la hora de abordar.

Si se trataba de romper el hielo con un cliente nuevo, lo mejor era citarlo a primera hora de la mañana. Después de esbozar las líneas generales del asunto, antes de entrar de lleno en materia, hacía una breve pausa, mirando el reloj ostensiblemente, y terminaba por embaucarlo y llevárselo a desayunar allí. El cliente siempre quedaba

deslumbrado ante el color, el olor y el sabor imaginado del contenido de la docena larga de tazones con ungüentos para aplicar a la tostada.

Luciano disponía los cuencos cuidadosamente cuando abría a las siete y los retiraba sobre las once de la mañana, tras los últimos desayunos del último turno de los funcionarios de la Consejería de *no-sé-qué* del final de la calle; aunque había tres o cuatro bares en el camino, siempre escogían el de Luciano, por ser el más lejano a sus oficinas. Todos los tazones estaban alineados, cada uno con su cuchillo correspondiente pinchado en la masa, como un pelotón de soldados con el fusil al hombro. Los colocaba en una zona del mostrador donde, en la pared del fondo, como si del decorado de un escenario se tratara, estaban situados siete u ocho capachos de mimbre con un forro interior de tela a cuadros blancos y rojos, repletos de otros tantos tipos de pan: mollete de Antequera, pan de Burguillos, hogaza del Cruce de Las Cabezas, viena artesana, bollo blanco de Alcalá, pan integral, barra gallega, chapata.

—El desayuno sevillano por excelencia es una tostada de cualquiera de estas variedades de pan —explicaba Julio a su acompañante con un gesto del brazo describiendo un arco horizontal que abarcaba todos los capachos—. Con aceite de la tierra y una loncha de jamón serrano —añadía con seriedad y absolutamente convencido, aunque él fuese más de mantequilla y azúcar.

A Julio le encantaba describir, uno por uno, el contenido de los tazones ante la mirada orgullosa del tabernero. Gesticulando teatralmente, se los iba presentando a su incipiente cliente con verbo florido e intencionadamente pomposo, recitado con rimas gongorinas mezcladas con vulgarismos sevillanos, dejándolo perplejo y apabullado hasta tal punto que le era imposible decidir entre las infinitas combinaciones resultantes de tantos tipos de pan a untar con tantas materias diferentes.

—Ante todo, es raro que estas cosas no las vendan en arsenales militares o en pirotecnias autorizadas —decía Julio con una sonrisa condescendiente cuando empezaba a describir la escena—. El contenido de todos estos tarros tiene como base la manteca de cerdo y es el producto de una artesanal alquimia heredada de padres a hijos y distinta en cada pueblo andaluz. Su sola visión aterraría a cualquier galeno contemporáneo cuidadoso con el colesterol de sus pacientes; y un médico clásico andaluz, de la escuela árabe o judía, como

Avicena, lo consideraría pecado nefando, aunque menos por su saber médico que por su formación religiosa. Lo cual es siempre, esto de mezclar la religión con el papeo, un prejuicio ajeno al tránsito intestinal de un creyente poco ortodoxo, y aún menos al de un ateo.

Julio hacía una pequeña pausa y completaba este preámbulo admonitorio con una tranquilizadora reflexión en un tono que recordaba al sermón lanzado desde un púlpito cuaresmal por un papista Trentino:

—Pero que no os engañen, la diferencia entre apreciar su exquisito sabor e ignorar sus maldades para el colesterol hace que el afortunado consumidor embarque feliz en la inevitable barca de Caronte un lunes por la tarde, en vez de hacerlo un viernes por la mañana cariacontecido y sintiéndose víctima de una pesada broma dietética.

»Mire esta nívea y delicada manteca blanca, que es la base de todas las variedades aquí contenidas —matizaba al cliente señalando el primero de los tazones—. Deriva de la generosa papada de pacíficos y estoicos cochinos ibéricos que remueven el suelo con su negra pezuña rebuscando bellotas en umbráculos de encina. Nada que ver con las grasas de las margarinas de girasol, planta heliotrópica voluble y de voluntad tornadiza hacia el sol que más calienta; invento, por lo demás, gabacho y de poco fiar, a fuer de vecino aledaño.

Y estallaba la arenga patriótica en el local.

—Observe los delicados corpúsculos que se encuentran atrapados en el alba de esta contundente zurrapa de lomo —añadía Julio, llamando la atención de su interlocutor sobre el segundo de los tazones—. Parecieran miríadas de estrellas de una mantecosa Vía Láctea vistas en una noche estrellada de verano. Pero ¿de qué materia celestial cree que están formados? Pues de pequeños fragmentos de la fritura lenta del lomo de esta prodigiosa criatura que es el cochino ibérico.

»Contemple este unto de bermejo color —decía señalando la primera de una serie de tazones de tonos rojizos—, es la mítica manteca *colorá;* así como suena: *colorá*. Nada de roja o co-lo-ra-da como deletrean los bárbaros del norte, que así se llaman todos los nacidos más allá de los roquedales de Despeñaperros.

Y se producía un asentimiento general.

—Este descubrimiento del aliño de la manteca *colorá*, digno de Fierabrás, encuentra su paralelo Merlín en cada una de las amas de casa de esta bendita Andalucía, donde al igual que las aceitunas o el gazpacho, es posible elaborar mil variantes distintas para su elaboración a partir de los mismos ingredientes, con la única alteración del pulso de la mano de cada una de estas mujeres alquimistas.

En ese momento, Julio detenía su discurso y dejaba un instante de reflexión que los presentes aprovechaban para sorber sus cafés mientras evocaban el infantil recuerdo de sus madres.

—Pues a partir de esta mágica poción, que es exquisita por sí misma, es posible mejorar lo inmejorable, alcanzar lo sublime y llamar con los nudillos a las puertas del Parnaso para penetrar en el reino de la deliciosa manteca de hígado —continuaba, señalando con la mirada y las cejas levantadas el inmediato tazón, mientras juntaba las yemas de los cinco dedos de la mano derecha y se los llevaba a los labios, para luego abrir la palma rápidamente al extender el antebrazo.

Tras una breve pausa, proseguía:

—Apenas las doradas hebras del rubicundo Apolo asoman por las puertas y ventanas del lejano horizonte —A Julio le encantaba utilizar las metáforas cervantinas—, cuando este nobilísimo animal es sacrificado en un rito ancestral que incluye la extracción de las vísceras hepáticas para añadírselas, troceadas con mimo, a la manteca *colorá* y depositadas para su simultánea cocción como una madre depositaría a su niño en una cuna.

A estas alturas de la descripción el tono adquiría tintes que recordaban al recitativo más culterano del Polifemo gongorino y el ambiente ya se había caldeado de una apoteósica solidaridad porcina. Aprovechando la atención que había concitado la narración, Julio elevaba el volumen de su voz y, llevándose teatralmente las manos a la cabeza, fingía estar poseído por una curiosa combinación de indignación y consternación:

—A mí me parece un baldón para la humanidad el que ninguna de todas las culturas que han alumbrado el intelecto humano a lo largo de la historia haya considerado al cerdo como un animal sagrado. Incluso algunas religiones lo consideran un animal sacrílego. Y hasta Circe maldijo a los argonautas convirtiéndolos en cerdos, como si

fuese un castigo.

Llegados a ese punto, Julio iniciaba desolado una apocalíptica enumeración:

—Los minoicos bien sabían de la divinidad del toro; un becerro fue labrado en oro por un imaginero israelita; el gato era un dios menor para los egipcios y momificado para una vida eterna; los hindúes aún sacralizan a la vaca y tienen en su panteón a monos y elefantes; los escitas cabalgaban sobre sus dioses y la serpiente emplumada era invocada por los sacerdotes de Tenochtitlan. Pero ¿y el cochino jabalí pata negra, el ibérico por excelencia, más español que el lince y más carpetovetónico que la envidia? —preguntaba ante una leve sonrisa de Luciano, que fingía ser ajeno al parlamento, aunque lo había escuchado, goloso de su verbo, mil y una veces.

»Pues eso —continuaba Julio como un profeta que predicara una religión—, que el cerdo es el animal que más se ha entregado a los hombres, del que es posible aprovecharlo en su entera anatomía, del rabo al morrillo todo él es un sabroso itinerario de manjares, bocado exquisito de cardenal purpurado esperando el *extra omnes* en un cónclave de la Capilla Sixtina.

»A mí del cerdo me gustan... —Julio esperaba un punto antes de añadir— ¡hasta los andares!

Y concluía con esta exclamación que Luciano y algunos clientes de mayor confianza coreaban al unísono con él, pues habían participado muchas veces en esta parte del archirrepetido parlamento.

La gesticulación de Julio y su volumen in crescendo atraían la atención de la totalidad de la embobada parroquia y, por supuesto, del destinatario directo de la prédica, su presunto cliente, quien tras escuchar su discurso ya se sentía orgulloso de su nuevo abogado, al que imaginaba como un nuevo Demóstenes defendiendo exitosamente su causa ante un tribunal que rompiera en aplausos.

* * *

La oficina del abogado Dandrés —él nunca lo llamaba bufete— ocupaba la planta baja de un edificio de tres viviendas, una de esas casas populares del barrio con varios vecinos y un portal común con su cancela cerrada antes de la escalera y su puerta a la calle abierta

todo el día que le tocaba cerrar al último en llegar —o en salir, como era el caso de Julio—. Esos turnos de custodia no se establecían rigurosamente ni había portero ni nadie específicamente ocupado en eso, pero —nadie en Sevilla sabe cómo ocurren estas cosas— la puerta siempre aparecía cerrada al caer la noche y quedaba abierta de nuevo de par en par por el primero que salía —o entraba— con las claras del día.

Julio había reformado la vivienda de la planta baja tirando unos tabiques para conformar un espacio generoso. «Con esto me avío de momento, ya haré una obra mayor algún día», solía comentar en sus círculos. Ese día nunca llegaba porque no hacía falta. La reforma para convertirla en oficina se había hecho con más ingenio que dinero, pagando a la casera por adelantado dos meses de fianza y con una cláusula en el contrato que especificaba que cuando se marchara, debía devolver la vivienda a su estado original.

—Estas son condiciones normales, don Julio —le decía la dueña, a la que le daban algo de apuro esas cosas porque no se veía devolviendo el dinero de la fianza y tampoco veía a su inquilino yéndose algún día.

La casera se llamaba Luisa. Era una vigorosa anciana muy simpática y también muy lúcida y liberal. Parecía tener mucho mundo, una mujer cosmopolita y enterada, aunque no se hubiera movido en su vida del barrio. Hablaba continuamente de todas las noticias de actualidad; las de Sevilla, bajando la voz y con algo de misterio, insinuando una inconfesable fuente de información. Era una convencida defensora del efecto mariposa y siempre encontraba una explicación entre lo ocurrido ese día en lo más remoto del planeta y su inevitable origen en la vida cotidiana de su ciudad. «Todo lo que pasa en el mundo se cuece en Sevilla», repetía siempre con solemnidad. Cuando alguien le interrumpía una perorata sobre cualquier tema de actualidad —o una inflamada soflama, si de política se trataba, «que para eso no hay medias tintas», decía— y le preguntaba de dónde había sacado esas opiniones, ella siempre respondía que de la radio, que era la mejor fuente de información:

—Mucho mejor que la tele o que los periódicos, porque te va contando cosas sin tener que quedarte quieta, mientras vas haciendo las cosas de la casa. Y además, los contertulios que llevan tienen opiniones muy interesantes y hablan con mucha propiedad y saben lo

que dicen. Porque yo lo único que escucho son las tertulias. Y por la noche me quedo hasta las tantas despierta, escuchando con el transistor debajo de la almohada el programa «Sucederá mañana»; tiene una gran audiencia, por algo será. ¿No lo conoce usted? Es que la gente ya no escucha la radio. Tanta tele para nada. Yo hay veces que me despierto con la radio todavía encendida, toda la noche puesta. Me duermo como un bebé y ni me entero. Es más, alguna vez que mi hija se ha quedado a dormir en mi casa, porque estuviera pachucha o algo así, y me ha apagado el transistor al verme dormida, pues entonces me despierto y ya no me vuelvo a dormir. Mira que se lo tengo dicho de una vez para otra.

Eso era antes, cuando vivía en la casa que ahora ocupaba el abogado Dandrés. Tras haberse quedado viuda, Luisa se había mudado a casa de su hija, que también vivía en el barrio, porque no quería vivir sola y con el alquiler ayudaba para su manutención —la comida, las medicinas, la ropa—, y la póliza del entierro, «que eso luego cuesta mucho y no va a pagarlo mi hija».

Julio y Luisa se caían bien el uno al otro y su relación no sólo se limitaba a saldar el alquiler mensual. Al principio de su carrera, cuando Julio no tenía todavía secretaria ni casi clientes y le faltaban muebles, esos pagos no habían sido muy puntuales; pero ella se lo perdonaba y nunca se lo reprochó porque le recordaba mucho a su nieto Miguelito, al que había criado mientras su madre trabajaba limpiando escaleras y que un buen día se fue a San Sebastián a estudiar para cocinero «con uno famoso que sale en la tele. Él dice que esto tiene futuro, mire usted qué cosas, quién me lo iba a decir a mí, que me he pasado guisando toda la vida».

Esto de su nieto, el cocinero, se lo contaba como nuevo a Julio cada vez que se acercaba a pagarle la mensualidad en el velador del bar de Luciano, en la esquina frente a la casa de su hija. Solían quedar al final de la tarde; una tarde que Julio daba por acabada porque Luisa le entretenía un rato largo comentando las noticias del día y defendiendo enfervorizadamente su punto de vista sobre las medidas sociales del gobierno de turno. «Todos son de derechas, no hay izquierda de verdad. Si yo tuviese veinte años...», decía Luisa meneando la cabeza. La cosa se prolongaba siempre y terminaban tomando un par de tapas o compartían una ración: «Con esto me voy cenada y no molesto a mi hija». Luego pagaba ella con el dinero del

alquiler que le había traído Julio, ante sus tímidas y protocolarias protestas.

—Tengo que aprovechar que tengo dinero fresco. Además, me ha gustado mucho charlar contigo, chaval —le decía antes de darle una palmada en el hombro y zamparle dos sonoros besos que acababan azorando al abogado.

La oficina constaba de una habitación amplia, que era el despacho de Julio, un pequeño aseo y una habitación intermedia resultante de unir un dormitorio menor con la antigua cocina.

Esta estancia central hacía las veces de recibidor o antedespacho y era el sitio de trabajo de Lucía, su pizpireta secretaria y a menudo también discreta confidente. Todas sus paredes estaban forradas de estanterías repletas de archivadores, revistas, libros no olvidados pero de uso ocasional y carpetas —muchas carpetas— con viejos expedientes de casos ya solucionados, obsoletos e irrepetibles que Julio se resistía a desahuciar porque decía que siempre podría aprender algo de ellos, aunque jamás se hubieran desempolvado.

El aseo tenía una bañera que no se usaba como tal. Su cavidad hacía las veces de archivo de documentos no inmediatos que quedaban escondidos por completo a miradas ajenas mediante un tablero de madera a modo de tapa de baúl. Sobre una repisa había una vieja cafetera, varios vasos de plástico apilados, algunos sobres de azúcar y un bote de café instantáneo. Detrás de la puerta, ocultos a primera vista, reposaban algunos útiles de limpieza: una fregona, un cubo y una escoba.

En el despacho todas las cosas estaban en su sitio, a pesar de su aparente desorden, y muy limpias.

La mesa de trabajo del abogado Dandrés tenía un tablero de grandes dimensiones que daba cabida al ordenador y su monitor, el teléfono fijo y una bandeja para apilar documentos —entrante, saliente— que no parecía merecedora de respeto, pues casi todos los papeles diarios se encontraban desperdigados. Salpicados sobre el tablero también había algunos portalápices improvisados: una gran jarra de cerveza transparente con rotuladores de colores, un cubilete de madera con bolígrafos gastados y una ancha lata cilíndrica de *marrón glacé* estampada con un almibarado paisaje de castaños en una floresta cenicienta que dejaba filtrar un rayo de sol; fue un regalo de Navidad de su hermana que siempre le gustó porque su sobrino le

había dicho, al dársela junto con un beso, que los árboles del bosque tenían siempre detrás de su tronco un duende escondido y que él los había visto ocultarse, al pasar por el sendero, una vez que fue a la sierra con su papá.

Lucía —para eso de la limpieza era inflexible— le decía rezongando a Julio que había mañanas que no conseguía ver el color del tablero. Ella limpiaba todos los días, con papeles o sin papeles, y mantenía impecable la mesa del despacho. Para ello, la menuda ayudante había desarrollado un método casi de malabarista, de modo que levantaba uno a uno los documentos, limpiaba el polvo de la mesa y volvía a depositarlos en el mismo lugar con tal precisión que el antes y el después podían desafiar al ojo fotográfico de un detective forense. Como parte de su trabajo, leía los encabezados y ojeaba por encima la página completa, con lo que llegaba a tener una noción bastante aproximada de los casos que se tratarían ese día en la oficina.

El sillón principal del despacho era cómodo: reclinable, giratorio y subía y bajaba a voluntad. Junto con la mesa y un par de sillas confidente para visitantes, fue adquirido en una tienda de decoración. Estos muebles le costaron a Julio una suma importante de dinero, aunque le habían salido buenos y resistentes. Eran de forma y color discretos, anodinos, de esos que no desentonan en ningún ambiente, y contrastaban con un colorido sofá de dos plazas, una mesita baja y una lámpara de pie que había situado en un ángulo del despacho. Este acogedor rincón lo utilizaba para charlas informales con los clientes y, a veces, para descabezar un sueñecito si había acabado tarde la mañana y empezaba pronto la tarde.

El pequeño sofá lo había mandado *retapizar* Lucía con una cretona de mercadillo que imitaba las telas inglesas de Morris. Era un mueble que la casera le había regalado a Julio porque no le cabía en su nueva casa, y cuando se mudó se lo endosó diciéndole que le vendría muy bien. Julio, entonces, no lo acababa de considerar apropiado para un despacho, pero acabó convencido cuando Lucía —a la que le encantó— lo colocó en el rinconcito donde ahora estaba, con su nueva tapicería, encendió la lámpara de pie, apagó la luz del techo y se sentó junto a él insinuante, imitando a una clienta rica que quería que la defendiera en un caso de divorcio.

Una estantería albergaba libros de leyes, legajos, carpetas, revistas

y otros documentos vinculados a su trabajo profesional diario, junto a una sobria selección de libros: de historia, de arte en general y de pintura en particular. Ordenados minuciosamente por tamaño, fecha, autor e incluso por color, había cientos de cedés, casi tantos como en el arsenal de su casa, la mayoría de música clásica, que sonaba continuamente de tibio fondo.

Entre esta amalgama de papeles encuadernados y música enlatada convivían objetos de su vida personal, sin que existiera una prioridad entre lo privado y lo laboral.

En disimulado orden aleatorio se distribuían suvenires sin gran valor material: el lápiz de algún museo, un llamador de una antigua puerta, la maqueta de un galeón que él mismo había montado con paciencia —en su casa tenía otra a medias desde hacía tiempo—, una gran llave oxidada, una taza pintada a mano, el cenicero de algún hotel de lujo, una impecable navaja multiusos de excursionista; y fotografías —muchas fotografías— que sugerían momentos felices en lugares pintorescos o con personas queridas. Todos estos objetos formaban peregrinas colecciones reunidas con paciencia y esmero en base a viajes propios o de amigos y clientes a quienes encargaba que le trajeran algún recuerdo. «Que no cueste más un euro y, además, que no tenga la menor utilidad práctica», les decía muy serio, haciéndoles ver que no se trataba de un encargo fácil y que dicha tarea les haría pensar en él cuando estuviesen lejos cavilando en cómo cumplir esas condiciones de supuesta sencillez.

2

EL INDIANO

Cuando Julio llegó a su oficina el cliente ya estaba allí. Aunque aún restaban algunos minutos para la hora acordada, Lucía le indicó con una seña que ya llevaba esperando un rato en el despacho.

—Le ruego me perdone —dijo el cliente mientras se levantaba de la silla adelantando una mano franca, abierta con la palma hacia arriba—. Calculé mal el tiempo necesario para llegar andando desde el hotel y preferí subir a esperarle antes que dar una vuelta a la manzana hasta la hora en punto. El casco de esta ciudad es muy bonito, pero es un dédalo indescifrable para un extranjero —añadió con una sonrisa, dando por terminada la excusa.

—Claro, claro. Un dédalo, eso —contestó Julio no muy convencido.

El abogado encendió el ordenador mientras se acomodaba en su sillón sin quitarse la chaqueta pero vaciando sus bolsillos. Dejó sobre la mesa su teléfono móvil, un bolígrafo y una manoseada y pequeña libreta de hojas blancas; él la llamaba su «memoria de bolsillo» y en ella anotaba a vuela pluma datos, ideas, nombres, fechas y cosas para recordar: notas garabateadas en hojas que luego arrancaba y ordenaba al llegar al despacho.

De momento, sin saber por qué, el cliente le cayó bien. Le pareció simpático. Y esas cosas, como decía Lucía, son mutuas: «O sea, que si alguien te cae bien a primera vista es porque tú le has caído bien a él». Algo parecido a cuando uno se cruza con alguien y se le queda mirando porque le recuerda a un conocido, y resulta ser que es porque a ese alguien también uno mismo le recuerda a ese mismo conocido. Eran cosas irrefutables para Lucía, ella decía que le pasaban siempre a todo el mundo, sin admitir más discusiones; como un axioma incomprobable pero cierto, un artículo de fe que empieza y acaba con su enunciado.

Lucía era así. Aunque tenía su bachillerato completo y estaba estudiando —«sin prisas»— Derecho en la Universidad a Distancia, su gran enciclopedia era lo que ella llamaba «la gente», ese ente

abstracto y multitudinario donde se recogía todo el saber y para el que la aprobación generalizada era la prueba de verdad de la gran encuesta que ella denominaba «lo que piensa *tó* el mundo».

Con un rápido vistazo de soslayo, Julio etiquetó un par de ademanes del cliente que le confirmaron como acertado el diagnóstico que su secretaria le había adelantado por teléfono. Daba la impresión de ser un señor; pero no un señor estirado y litúrgico, sino cercano sin ser condescendiente, amable sin ser campechano y culto y erudito sin caer en la pedantería. En cuanto a su aspecto físico, era de manos de dedos finos y largos con uñas cuidadas, aseado en su pelo y pulcramente afeitado, con un permanente olor a una colonia de baño discreta pero nada vulgar y con los zapatos impecables, como recién limpiados. «Eso dice mucho de un caballero», recordó Julio que le reprochaba siempre Lucía cuando le miraba el calzado.

Sus rasgos faciales no denotaban un origen sudamericano en la imagen que de ellos tiene todo el mundo —«la gente»—, pensó Julio, y bien podría haber sido de cualquier país europeo; eso sí, del sur, incluso andaluz de Jerez o Cádiz. Vaya usted a saber por qué se le ocurrió a Julio Dandrés otorgarle ese origen, sería por su soltura, por su aire viajero y mundano, incluso algo marinero. De hecho, no era bajito ni más moreno de la cuenta ni tenía el pelo negro ni los ojos con el brillo vítreo de la obsidiana ni la nariz afilada y algo ganchuda con que se asocia a los descendientes de los aztecas; y, en una torpe simplificación, a todos los sudamericanos, englobando en esa denominación y estereotipo a todos los hispanoamericanos, tanto a los del centro como a los del sur de América, provengan de la etnia que provengan o sean del país que sean.

Los americanos de Norteamérica —decía Lucía que dice «la gente»— eran ya otra cosa; ni mejor ni peor que los demás guiris, sino personas muy bien educadas que, sonriendo, daban las gracias por todo —«*zenkiu, zenkiu*»— y que cuando llegaban a Sevilla estaban muy atentas a todo lo que ocurría a su alrededor y daban a entender que siempre les hubiese gustado ser sevillanos y estar siempre felices y riendo por todo. Aunque no podían porque el trabajo no les dejaba tiempo para disfrutar de los placeres cotidianos y porque no tenían amigos a los que poder ver para tomar cerveza cada vez que quisieran, incluso a diario, —«angelitos»— porque

estaban siempre muy ocupados ganando dinero.

Son gente —decía «la gente»— del país donde todo se medía y valoraba en números y donde le hacían mucho caso a la estadística y había famosas universidades «de las que nunca nadie ha oído hablar» donde se hacían estudios rarísimos e irrefutables; como que estaba comprobado que las personas que tenían perros de color canela preferían comprar cocinas a gas antes que placas de inducción y otros análisis así de incongruentes pero científicamente probados por las encuestas. Estas cosas las tenía Lucía muy claras porque las decía «la gente»; o sea, «*tó* el mundo».

Mientras se encendía la pantalla del ordenador, Julio notó que el cliente paseaba su vista por la habitación y por los objetos que se apiñaban entre los libros y el borde de la estantería. Siguió la dirección de su mirada hasta detenerse en un cedé que sobresalía ligeramente de la alineación, como si alguien lo hubiese cogido para comprobar su contenido y luego lo hubiera recolocado descuidadamente. En ese momento dirigió a su visitante un rápido vistazo, como una ráfaga, y notó que él, simultáneamente, había advertido esa ligera desviación del cedé y también que Julio le estaba observando casi con un velado reproche.

—Estuve curioseando mientras le esperaba —se excusó—. Veo que es usted aficionado a la música clásica. Parece que prefiere a Bach. Para mí es un mago; el gran músico, con diferencia.

En sus palabras había un deje nostálgico y ensoñador.

—¿Le gusta Bach a usted también? —inquirió Julio curioso, sintiéndose absolutorio y más cercano a su visitante, como si ambos compartiesen un arcano, un ensalmo que les abriese las puertas a un mundo privado, mágico y maravilloso, reservado sólo a iniciados en la belleza.

—Tengo en CD todo lo que compuso Bach dirigido por las mejores batutas, lo he escuchado en directo siempre que he podido, en salas de concierto de todo el mundo, y tengo varias versiones de... —el cliente se interrumpió sonriendo, como si se hubiese precipitado en su locuacidad y tuviese miedo de mostrar entusiasmo por un inconfesable pecado.

—¿Alguna pieza en concreto? —preguntó Julio expectante, presagiando lo que iba a decir y considerando obvia la respuesta.

—Claro, claro. El coro de La Pasión según San Mateo —

respondió sin titubear en un tono rimbombante, casi con un *tatatachán* de jefe de pista anunciando el número principal de su circo.

—¡Diablos! ¿El coro inicial o el coro final? —Julio no podía evitar la ansiedad.

—El coro final, por supuesto, el número setenta y ocho en sol menor —aseveró el cliente, ofendido por la duda, antes de añadir, como disculpándose—. Aunque el coro inicial es magnífico.

Julio dio rienda suelta a su entusiasmo y elevó el tono de voz un instante, lo suficiente para que su secretaria, algo alarmada, se asomara pretextando ofrecer un café. Demasiado pronto como para no haber estado escuchando detrás de la puerta, pensó para sí.

—Buena idea, Lucía. Cortado con una gota de leche fría —precisó, dándose cuenta al momento de la falta de cortesía ante su interlocutor—. Perdóneme, ¿a usted también le apetece?

—Claro —contestó él, contagiado del entusiasmo despertado—. En *Bachssso* largo.

El cliente se rio de su propia broma y dirigió una mirada cómplice a Julio.

A Lucía se le escapó una risita desconcertada. Anunció que no tardaría y abandonó la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

—Siempre lo llevo encima grabado —continuó el cliente, palpándose algún dispositivo electrónico oculto en un bolsillo de su chaqueta—. Me encanta escucharlo mientras paseo, especialmente cuando hago senderismo en las montañas de mi país. Lo pongo en bucle y lo escucho una y otra vez.

—A mí me ayuda a pensar. Me resuelve muchas dudas, personales y profesionales —dijo Julio, envolviendo las palabras en una sonrisa triste.

—Cuando lo escucho viendo el paisaje —admitió el cliente—, me parece que así doy gracias a Dios por haber creado la naturaleza.

Su voz se hizo tenue, casi una confesión:

—He llegado a llorar solo, pero sin tristeza —aclaró tajante—. Siempre les digo a mis amigos que quiero que se escuche en mi entierro.

Dijo esto sin pena ni miedo, sin rencor a la muerte, casi con añoranza de la llegada de ese momento, muy convencido.

Julio lamentó que la conversación hubiese derivado desde el

entusiasmo inicial hasta una entristecida ternura y temió que empezase a sollozar.

—Siempre he pensado que el que canta a Dios ora dos veces —dijo, dando por terminado el tema y poniendo un dique a los sentimientos a punto de desbordarse.

Ambos callaron, como sumidos en un pensamiento común e indescifrable para nadie más.

Sin saber por qué, Julio tuvo el impulso irrefrenable de dejarse atrapar una vez más por las llamaradas del coro final de la obra de Bach. Tal vez quería que el cliente se sintiera cómodo y arropado. O tal vez era él mismo quien necesitaba, por alguna extraña y desconocida razón, escuchar esa pieza en ese preciso momento.

El cedé comenzó a sonar y ambos cruzaron una mirada. Quedaron embargados por una misteriosa emoción común que parecía hermanarles.

Cuando Lucía entró en el despacho con las bebidas, fue como si la pompa de jabón en la que Julio estaba confinado explotara de repente y le devolviera a la realidad.

Ella levantó sus cejas, llamando la atención del abogado, y antes de abandonar la habitación señaló con la mirada hacia los cafés y contuvo una sonrisa nerviosa. Julio se fijó en que había tenido la brillante iniciativa de ir a comprarlos al bar de abajo y no servirlos en los habituales vasos de plástico que usaban en la oficina.

—Bueno, ¿en qué puede ayudarle mi despacho? —preguntó Julio, ya acomodado frente al ordenador.

El abogado dio un par de sorbos rápidos al café que Lucía les había subido.

—¿Qué le trae por Sevilla desde tan lejos, desde…? —añadió mirándole atentamente y dejando inconclusa la frase con el tonillo característico que anima a completar un dato, con cierta displicencia, como si fuese de importancia menor.

—Desde Guatemala, señor Dandrés.

—Julio, por favor —recalcó éste.

—Claro. Gracias, Julio —respondió el cliente asintiendo ligeramente con la cabeza.

Su hablar era pausado y sereno, con un sutil toque de distinción.

—Bueno, de Guatemala, aunque no directamente. Este año el viaje a Europa lo he alargado para disfrutar de Andalucía y conocer

Sevilla. No todo van a ser asuntos comerciales de la familia —dijo en tono de disculpa.

»Por cierto, no me he presentado —continuó con un tono protocolario—. Me llamo Martín; Martín Valdés. Soy guatemalteco, al menos de pasaporte. Las oficinas de la empresa familiar están en la capital, Guatemala. Bueno, todo el mundo la llama así, aunque oficialmente se llama Nueva Guatemala de la Asunción.

Dijo esto último bajando la voz, casi en una confidencia.

—Allí está mi lugar de trabajo, pero vivo a 45 kilómetros, en Santiago de los Caballeros, la antigua capital, que ahora se llama Antigua Guatemala, en el viejo caserón familiar que está allí casi desde la época de Alvarado, testigo de cien terremotos, siempre habitada y reparada una y otra vez.

—No sé si la pregunta que voy a hacerle tiene algo que ver con el motivo de su visita —dijo Julio—, pero ¿es un asunto personal o profesional lo que le ha traído a Sevilla? ¿Cuál el negocio familiar? ¿Por qué viaja usted con frecuencia a Europa? En realidad son tres preguntas, disculpe —añadió el abogado con una sonrisa—, esto es casi un tercer grado.

—Julio, te disculparé cuando empieces a llamarme Martín.

Julio asintió sin haber borrado todavía la sonrisa de disculpa.

—Y claro que responderé a tu interrogatorio —Martín Valdés hizo una breve pausa—. El asunto que me ha traído hasta aquí, hasta Sevilla y hasta tu bufete en concreto, es algo que no puede entenderse si antes no te hago conocer la historia de mi familia a la vez que la historia de nuestro negocio. Ya entenderás el porqué.

—Adelante, Martín —le animó Julio con un titubeo inicial y algo desconcertado.

—Mi familia es dueña de una de las mayores y más antiguas productoras de cacao de Centroamérica. La hacienda está situada en el departamento de Santa Rosa, en la costa del Pacífico, muy cerca de Antigua Guatemala. El negocio principal es el cacao en bruto, que se exporta a medio mundo —El Indiano se detuvo y añadió a modo de testimonio—. De excelente calidad, lo digo sin vanidad de cosechero.

—Lo que llamas negocio principal parece suficiente para ser el único. ¿Hay más?

Martín Valdés se irguió ligeramente, con un porte de orgullo

familiar.

—La empresa familiar se ha ampliado a varios campos de una manera que puede parecer casual, pero que no es fruto del azar, en absoluto. Desde hace unos cincuenta años hemos dado con un filón que, desde Sudamérica, ha abierto nuevos mercados con las multinacionales alimentarias norteamericanas y europeas.

Luego puntualizó, como queriendo atribuir justamente el éxito:

—Realmente fue una idea de mi abuelo: fabricar nuestro propio chocolate en tabletas pequeñas, con cromos coleccionables. Chocolatinas de bolsillo, las llamaba él.

—Parece una evolución lógica —acordó Julio—. Del cacao propio al chocolate propio.

—Fue un salto perfectamente planificado por mi abuelo y por mi padre. La gente se comía el chocolate y le gustaba, claro, pero se demostró que era como un gesto inevitable para obtener el cromo —Martín Valdés se detuvo un momento y dio un sorbo pausado al café antes de continuar—. Un cromo muy vistoso con imágenes de colores y poco texto, con temas de historia natural o de geografía: animales, banderas, paisajes, plantas... cosas así.

Julio no pudo reprimir su entusiasmo:

—¡Me parece ingeniosísimo!

—No fue fruto de la casualidad —aclaró Martín Valdés—. El marketing y la publicidad son ciencias muy serias. Tanto mi abuelo como mi padre tenían estudios superiores en selectas universidades inglesas, una tradición familiar desde la época victoriana, y másteres avanzados en estrategias de mercado en Estados Unidos. Esta última tradición la inauguró mi padre, la he seguido yo y puede que la continúe mi hijo algún día.

—Mucho parecía para unas modestas chocolatinas.

—Modestas sí —espetó Martín Valdés—, pero sobre todo, populares y asequibles al gran público. Esa era la idea en sus inicios: cuatro pastillitas y un cromo de historia natural. Pero su éxito superó todas las expectativas de la familia, con el paso de los años los cromos se coleccionaban en todo el continente, desde California a Chile. Bastaron tres generaciones para hacer legendario el álbum de cromos mientras se comían nuestro chocolate.

Tras relatar esto último simulando tintes épicos, Martín Valdés retomó el tono mesurado y frío de un informe técnico:

—Luego las redes comerciales de nuestros distribuidores de la chocolatina en cada uno de esos países fueron adaptadas a la estrategia comercial de la empresa familiar y utilizadas para la expansión multinacional a otros sectores.

Julio no pudo evitar la pregunta:

—¿Y los cromos? ¿Cómo son? ¿Siempre la misma colección?

Martín Valdés hizo un gesto categórico.

—El chocolate es el que no ha variado desde el principio. Los cromos son los que se han ido adaptando a los tiempos, y a lo largo de sus cincuenta años de existencia ya se han editado más de veinte álbumes. Algunos de ellos son ya piezas de coleccionista, muy valorados —recalcó con orgullo antes de seguir con su relato—. El envase de la chocolatina mantiene el nombre Montemayor con el mismo tipo de letra en color blanco en el centro de dos bandas horizontales azules, la bandera de Guatemala, y una cordillera de cinco montes, esquematizados como triángulos, de la que sobresale un monte central de mayor altura que los demás. Un mensaje sencillo. Además, sugiere la cordillera de los Andes, un elemento conocido por todos los países donde se vendía, una columna vertebral aglutinante de la identidad común de tantos pueblos.

—El nombre es evocador: Montemayor. Entonces, en una chocolatina se puede basar todo un imperio comercial —fingió deducir Julio.

—Pues la culpa de mis viajes la tienen las chocolatinas. La empresa sigue vendiéndolas, claro, pero no es la principal fuente de ingresos, ni mucho menos. La expansión por toda América, de norte a sur, y la consolidación comercial del nombre durante cincuenta años han creado una red de contactos con empresas afines de cada uno de esos países, que acabaron internacionalizando la empresa familiar y ampliando sus intereses al sector de la alimentación en general —pronunció con un deje de orgullo—. Ahora tenemos participación creciente en el negocio de las galletas, los batidos, los helados, las pastas: además del café y del chocolate, claro.

—Todo un emporio, por lo que veo —comentó admirado Julio.

—También estamos interesados en el sector de los alimentos preparados, que deja buen margen de beneficio, y ya estamos pensando en adquirir las cadenas nacionales consolidadas de bares, cafés y restaurantes para vendernos a nosotros mismos nuestros

productos —terminó diciendo Martín Valdés, como si se le hubiese ocurrido una ingeniosa ocurrencia.

—¿Y cómo producís esas chocolatinas? —Julio sintió curiosidad.

Martín Valdés se sintió complacido al escuchar aquella pregunta, miró a Julio con un gesto, solicitando permiso para explayarse. Y empezó a contarle el funcionamiento básico del negocio.

El abogado escuchaba con atención y sorpresa la explicación de cómo se desarrollaba el proceso de elaboración de las chocolatinas, a pesar de que cada dos por tres interrumpiera la narración de Martín Valdés para preguntarle por detalles que otros habrían pasado por alto o para realizar alguna anotación petulante que le resultaba imposible evitar.

A Martín Valdés aquello no parecía molestarle. Él narraba con entusiasmo, como quien está feliz de que le pregunten la lección aprendida. A menudo, por su negocio, debía lidiar con aburridas charlas técnicas, de contabilidad, de presupuestos, de planes comerciales; explicar el germen de su negocio le parecía de pronto refrescante.

La conversación era distendida y fluía sin rumbo. Terminaron hablando de gastronomía y de música, y compartieron sus gustos literarios.

Al cabo de un buen rato, cuando notó que le crujían las tripas, Julio se percató del tiempo transcurrido.

—Ya sé a qué se dedica la empresa de la familia, me queda por saber cuál es el papel que representa usted en ella y qué le obliga a viajar con frecuencia a Europa. Aparte de mantener su prosperidad, claro —dijo Julio con una sonrisa forzada.

—Julio, por favor, trátame de tú —insistió Martín Valdés.

Aprovechando el clima amistoso que se había creado, Julio se tomó la confianza de hacer una sugerencia:

—Martín, ¿te parece si salimos a la calle a desayunar y seguimos charlando con una buena tostada por delante?

Tal como había previsto Julio, Martín Valdés había sucumbido a los manjares del desayuno en el Bar Luciano.

Regresaban caminando sin prisa hacia el despacho. La mañana era fresca pero soleada, muy agradable para pasear bajo el sol. Las cafeterías se sucedían adyacentes unas a otras, minando las aceras de veladores donde ya no era pronto para una cerveza ni todavía tarde

para un café.

Martín Valdés retomó una conversación que se había quedado rezagada por culpa de la placidez del paseo y de alguna observación casual.

—Bueno, pues a mí me toca viajar casi semanalmente por Europa y por América, nada más que eso.

Lo expresó como si fuese una banalidad fácilmente asumible. En su tono se adivinaba una sincera melancolía y un punto de rencorosa ansia de venganza.

—Soy un nómada que vive en hoteles desde hace años. Un día tendré un hogar propio donde quedarme quieto —sentenció con la mirada perdida.

Julio decidió dar un giro a la conversación para sacudir a Martín Valdés del mal recuerdo que parecía haber evocado. Retomó el hilo histórico de la charla, como si hubiese guardado la pregunta hasta encontrar el momento adecuado para formularla.

—¿Y ese nombre de Montemayor? ¿Es el de alguna hacienda, algún paraje, un lugar?

Martín Valdés se relajó, sintiéndose más cómodo al haber abandonado el tema estrictamente comercial. Ahora sonrió, parecía encontrarse a gusto.

—No lo sé muy bien. Sé que el nombre y el esquema ese de la cordillera de montecitos con uno de ellos mayor que los demás viene de antiguo; de mi primer abuelo, por decirlo de alguna manera, que llegó a Nueva España desde Sevilla con una de las Flotas de Indias. Se llamaba Martín Valdés, como yo.

—Eso se remonta bien lejos —observó Julio.

—Desde luego, y está documentado en el Archivo familiar de la Casa Valdés desde 1610.

Martín Valdés hablaba con seguridad, denotando ser un viejo conocedor de los documentos del Archivo:

—Traía con él ese esquema en un sello de lacre rojo con un escudo de armas, una placa adherida a una cinta de seda, también roja, que daba varias vueltas a un pergamino manuscrito.

El Indiano hizo una pausa antes de continuar:

—Ese documento todavía se conserva en la casa familiar, se guarda como una reliquia histórica y nunca se ha movido de allí. Bueno, en realidad el esquema no es exactamente igual al del sello

que cuelga del documento. Se suprimió el lema que rodea al escudo nobiliario en el arco superior, junto con otra leyenda que está en el arco de la parte inferior —puntualizó, como disculpándose.

En Julio afloró la curiosidad histórica que siempre le había atraído.

—Pero ¿qué reza en la leyenda que rodea al escudo, esa que fue suprimida?

Martín Valdés respondió rápido, como recitando una lección bien aprendida:

—En el sello, ese texto que lo rodea por arriba se lee en sentido de las agujas del reloj, de las nueve a las tres. Un lema tan sencillo como el monte del esquema, el que es más grande que los demás: «Mayor es mi monte y mayor es mi honor». Bonito ¿verdad?

Julio asintió con una sonrisa de aprobación.

Martín Valdés detuvo el paso antes de continuar su descripción:

—Por la parte inferior, en sentido inverso, y partiendo también desde las nueve, rezaba: «*sigillum vicarius mercatura*». Algo así como «sello del representante comercial»*;* se supone que del personaje que ostenta el escudo, por supuesto. Ese escudo ya aparece, desde algunos años antes, en recibos y documentos de transacciones entre Montemayor y mi familia, pero nunca antes de 1575. A veces se exhibe incluso en embalajes de mercancías privadas o correspondencia comprometida. Todo apunta a que Montemayor utilizó el mismo sello que acreditaba a sus numerosos representantes comerciales, a sus cargadores de mercancías oficiales y a sus metedores de otras mercancías menos oficiales. Así se les llamaba entonces. El texto del escudo nobiliario se suprimió porque no añadía nada al esquema, porque ya se había logrado una imagen comercial fácil de retener visualmente y porque muchos de los clientes de la chocolatina sencillamente no saben leer; por lo menos, no sabían los de hace cincuenta años.

Se habían detenido sin premeditación junto a una fuente sobre la que daba el cálido sol.

Julio calló un momento, repitiéndose en su interior el lema del escudo.

—Suena como la máxima de un personaje militar, un general o un almirante de alguna de las Flotas de Indias. ¡De la Flota de Nueva España! —apretó el puño, felicitándose por el hallazgo—. Seguro

que llegaría por mar hasta Veracruz y luego, ya desembarcado, seguiría camino por tierra, acabando en Guatemala.

El abogado Dandrés pareció imaginarse la llegada de una flota con su imponente masa de velas desplegadas en el horizonte.

—Siento decepcionarle, amigo Julio —intervino Martín Valdés—, pero el texto del documento de Montemayor es de índole comercial, algo menos heroico. Es como una carta de presentación, una acreditación de mi primer abuelo avalada por uno de nuestros mejores clientes en Sevilla, que nos compraba el cacao desde los inicios de la plantación y nos vendía de todo, especialmente vino, aceite y aguardiente.

—Comercio de ida y vuelta.

—Sí, comercio de todo tipo para todo comprador al que le interesara —dijo Martín Valdés con un tono insinuante—. Imagínate, en esa época Sevilla mandaba y recibía mercancías del otro lado del mundo. Nueva España, en el istmo, atendía a las Flotas por levante y al Galeón de Manila por poniente. Los cargamentos viajaban por tierra de costa a costa del istmo, en largas recuas de mulas que iban y volvían. Lo dicho, comercio de ida y vuelta. Pero eso es otra historia: la de mi familia de comerciantes.

—Menuda historia debe ser esa, Martín —mencionó Julio con un sincero entusiasmo contenido.

El Indiano dejó caer una sonrisa complacida.

Nada más entrar en la oficina, Julio comprobó aliviado que Lucía no se encontraba allí. Le apetecía proseguir la conversación sin temor a interrupciones. Se acomodó en su sillón mientras con la mano hacía un gesto cortés a Martín Valdés para que tomara asiento. Se fijó en que El Indiano dirigía su vista hacia la maqueta de barco inacabada. No era la primera vez que la miraba.

Martín Valdés parecía sentir alguna especie de curioso desconcierto. Interrumpió su momentáneo trance y sonrió educadamente antes de tomar asiento y romper a hablar:

—Como ya te dije, mi familia posee una gran hacienda que produce cacao desde la época de la conquista. Es dueña de esos terrenos desde que se llamaban Zapotitlán y les fueron dados por Pedro de Alvarado junto con la encomienda de mil indios.

—Esa es una buena manera de empezar un negocio —se le escapó a Julio.

—Pues sí, es una especie de premio al guerrero, una ventaja de los conquistadores. Pero la encomienda no es una institución creada solo para Guatemala, sino que mi país —matizó Martín Valdés con ostensible orgullo— desde muy temprano en la conquista supo ganarse una cierta autonomía del Virreinato de Nueva España, y los encomenderos dedicados al cacao se organizaron por su cuenta y concentraron en pocas manos su cultivo. Un círculo cerrado, inaccesible, a base de alianzas matrimoniales entre ellos y de favores a cobrar. Una auténtica mafia comercial creada por criollos y para criollos, llegando a conformar un monopolio.

—Vaya con tus paisanos, inventaron el liberalismo antes de tiempo —apuntó Julio.

—Bueno, la verdad es que en esa época siete de los diez encomenderos más ricos de Centroamérica eran cultivadores de cacao; y de Guatemala.

—Y, no me lo digas, al menos uno de esos siete era pariente tuyo —se adelantó Julio.

Martín Valdés levantó el dedo índice de la mano derecha para puntualizar algo:

—En realidad eran dos de esos siete, pero esta situación ya estaba en marcha antes de la llegada de mi primer abuelo. Es con él con quien comienza a crecer todo.

—¿Tu primer abuelo? ¿No era uno de esos conquistadores premiados con una encomienda de indios?

—Ya te cuento, es una historia interesante y estoy muy orgulloso de ella. Toda la familia la conoce, incluso es objeto de estudio en la universidad porque es parte de la historia de mi país.

Martín Valdés se arrellanó en el sillón y miró al abogado Dandrés esbozando una sonrisa y levantando las cejas.

Julio ladeó ligeramente la cabeza, animándolo a continuar con su relato.

—Los orígenes de la familia se remontan al primer cuarto del siglo XVI con un tal Matías Guzmán, que ganó para sí una encomienda después de hacer toda la campaña de Guatemala con Pedro de Alvarado en 1523.

Martín Valdés se quedó mirando a Julio unos segundos, calibrando el alcance de sus palabras en la atención de él, y continuó:

—Ese Matías Guzmán fue uno de los primeros que se dedicó al

cultivo del cacao. Se asoció con otro encomendero, Bernabé Becerra, y se hicieron ricos con una peculiar sociedad, mezcla entre lo comercial y lo familiar.

—¿Y eso? —preguntó Julio.

—Una curiosa coincidencia. Ambos habían viajado hasta Nueva España solteros y con sus hermanas, porque los dos habían quedado huérfanos y ambos tenían hermanas con reaños para embarcarse en esos primeros viajes de colonización. Las hermanas quedaron juntas en México, mientras los hombres se alistaron con Alvarado, y se reunieron de nuevo con ellos cuando se hicieron cargo de la encomienda que les otorgaron.

—Y allí formarían sus familias, ya en Guatemala.

—Ésta es la curiosidad familiar —dijo Martín Valdés con cierto regocijo—. Se casaron, el mismo día, con las respectivas hermanas... del otro. Al parecer, no fue sólo un matrimonio de conveniencia comercial, sino que congeniaron realmente.

—Además, no habría mucho donde escoger —Julio no pudo evitar el comentario.

Martín Valdés ignoró deliberadamente estas últimas palabras, aunque miró de soslayo a Julio antes de proseguir.

—Llegaron a producir ochocientos xiquipiles de cacao con los mil indios encomendados de que te hablé, una fortuna que no dejó de crecer.

—¿Xiquipiles? Perdona, pero ¿eso qué es, una medida de peso, un volumen?

Martín Valdés hizo una pausa, consciente de la curiosidad que despertaba en su interlocutor, y continuó como quien desvela un secreto.

—Ya no se utiliza, claro, pero desde muy antiguo era una unidad monetaria de ocho mil almendras de cacao. Ten en cuenta que los granos del cacao se usaron entre los indígenas como dinero y circulaban igual que los maravedíes o los reales de plata.

—Comprendo, pero ¿de dónde te viene el parentesco con una familia tan cerrada? Tú te llamas Valdés, no eres ni Guzmán ni Becerra.

—Tienes razón. Mi primer abuelo se llamaba Martín Valdés, como yo, y desde entonces hasta hoy todos los primogénitos varones de la familia llevamos ese nombre de pila. Y además, somos los

herederos; a no ser que el descendiente femenino sea el único, y eso ha ocurrido pocas veces.

El Indiano hizo una pausa para observar la reacción de Julio a la costumbre familiar de la herencia de tipo sálico, pero éste no pareció reparar en ello o no reaccionó como cabría esperar de un abogado ante esta ancestral injusticia para las mujeres.

Julio le miró un momento y asintió con un par de cabeceos rápidos, como diciéndole: «Me hago cargo. Si acaso, luego lo hablamos».

Martín Valdés continuó:

—Mi antepasado llegó solo, sin esposa y con poco dinero, pero eso era muy común en aquella época y en aquellas tierras —dijo quitándole importancia con un gesto—. Su gran escollo fue el hecho de que no era un criollo, es decir, que no había nacido en América de padres españoles, sino que pasó a América desde Sevilla, con la Flota de Nueva España. Era lo que más tarde, ya con los Borbones, se llamó un «gachupín»*;* o un «chapetón», como se les llamaba en Andalucía entre los comerciantes de la Carrera de Indias. Un advenedizo mal visto por los ya establecidos. En esa época todavía no se había acuñado el término, pero de momento era un intruso en un naciente negocio que arrancaba bien. Ya sabes.

Hizo un gesto como si el hecho se explicara por sí mismo y fuera un argumento evidente.

—Entonces, ¿cómo entró en ese círculo cerrado, y además siendo pobre? —preguntó Julio, visiblemente interesado.

—Cuando llegó con la flota a finales del verano de 1610, traía una carta de recomendación para Matías Guzmán de parte de la mujer de uno de nuestros clientes en Sevilla que, desde su boda, continuaba con el comercio que su marido había llevado con mi familia desde los inicios de la plantación. Y luego, ya viuda, todavía siguió manteniendo contactos. Lo sé, lo sé, es un galimatías —exclamó Martín divertido.

—Supongo que esa es la carta de la que me has hablado, ese documento celosamente custodiado por tu familia con el sello de lacre de los Montemayor. Pero eso sirve para darse a conocer y abrirse camino en una tierra lejana y desconocida; a lo mejor, para obtener un trabajo. Pero no para entrar en la familia Guzmán —concluyó Julio.

Martín Valdés asintió con la cabeza moviéndola despacio varias veces en silencio, pensativo.

—Aparte de que Martín Valdés —respondió— era un tipo instruido, sabía leer y escribir y sabía de números. Estas cosas eran muy valoradas por los cosecheros que comerciaban con sus productos. En todo caso, no fue en la familia Guzmán donde entró, sino en la de Bernabé Becerra, el socio. Eran casi una única familia, pues vivían en la misma plantación común, aunque en distintas haciendas que estaban relativamente cercanas.

—Bueno, ¿y cómo entró en la familia Becerra y fue aceptado sin ser un criollo?

—Por una vía muy hispana: dando un braguetazo. Se casó con la única hija de Bernabé Becerra después de preñarla —Martín Valdés enfatizó la palabra, pretendiendo generalizar esta fórmula más allá del ámbito exclusivo español—. De hecho, la hija era su única descendiente y heredera porque no tuvo más hijos. Y eso que intentó tener algún varón, que hubiese sido el heredero, según la costumbre familiar que te he contado.

—Para escamotearse al gachupín, supongo —dijo Julio.

—Efectivamente, para eso Becerra casó de nuevo con una mujer joven, por supuesto criolla, hija de un próspero comerciante de Acapulco con el que hacía negocios con las mercancías de ida y vuelta de la Nao de China. Bernabé Becerra traficaba casi en exclusiva con seda y porcelana de las que, desde Manila, se quedaban en Nueva España. Aunque también participaba intermediando con las mercancías exóticas que continuaban camino hacia Europa y se enviaban a Sevilla a nombre de nuestros agentes, en el tornaviaje de la Flota desde Veracruz. Todo eso cruzaba el istmo en interminables recuas de mulas, como ya te mencioné.

Martín Valdés hizo una pequeña pausa antes de continuar:

—Por cierto, el dueño de las enormes recuas de mulas que cruzaban de Veracruz a Acapulco, en un sentido y en otro, también era un criollo de Guatemala. Emparentado con mi familia, por supuesto. Afortunadamente para los negocios de la familia, la infertilidad de la hija no afectó a la relación comercial. Otros descendientes acabaron enlazando ambas familias; matrimonios de conveniencia entre cultivadores del cacao y comerciantes, todos criollos —completó la frase abriendo los brazos con un gesto de

evidencia.

—Sí, lo entiendo —intervino Julio—, pero el matrimonio entre tu primer abuelo y tu primera abuela, la hija de Becerra, no era precisamente de conveniencia. Me imagino las caras largas de todas esas familias.

—Ella amenazó a su padre con darse muerte si no transigía. Y el padre, aunque estaba acostumbrado a darle a su única hija cuanto ella le pedía, se sentía fuertemente presionado por los demás hacendados. Después de todo, el holding en que acabaría la fusión de estas familias criollas estaba en ciernes. Ella estaba loca de amor y no sirvió de nada la amenaza de meterla en un convento ni el encerrarla en casa ni el alejarla a otra hacienda o llevarla a vivir a Acapulco con la familia de su madrastra. Siempre volvía. Y en cuanto se veían, la locura de su amor por él crecía y crecía. Entre los trabajadores indios corría la voz de que él la había hechizado, que tenía un poder diabólico sobre la voluntad de ella.

—Vaya, el tema da para una buena película. Un asunto así lo cogen los americanos y lo convierten en un Oscar.

—Desde luego —Martín Valdés sonrió con la ocurrencia—. Y cuando se empezó a hablar del diablo, Bernabé Becerra, su socio y los demás criollos aceptaron a regañadientes. Lo que menos necesitaba el negocio era que la Inquisición empezase a husmear. Además, la madrastra era la mejor aliada de la hija de Becerra. Decían que ella también estaba hechizada. Entre las dos mujeres fueron convenciendo a los demás hacendados y comerciantes para que aceptasen a Martín Valdés, a pesar de no ser un criollo. «Ya lo será», decían. Lo acabaron consiguiendo con paciencia, dinero y favores. Además, el abuelo Martín era inteligente, ambicioso y tenía olfato para los negocios, así se ganó a los hombres. Y las esposas de estos le introdujeron poco a poco en la sociedad cerrada que habían creado porque sentían por él algo especial; todas ellas le adoraban, desprendía un magnetismo que rayaba en el embrujo.

—Vaya galán, un encantador de serpientes.

—Si creyera en la brujería, diría que lograba hechizar a quien se propusiese —dijo Martín Valdés en un tono desenfadado.

Se levantó de la silla y se acercó hasta estar cara a cara frente a la maqueta de barco que Julio exhibía con orgullo. Mientras escudriñaba con seriedad los detalles de la construcción, comentó de

pasada:

—En uno como éste cruzó a América mi primer abuelo —Martín pareció rebuscar en su memoria—. ¿Cómo se llamaba este barco?

—Este galeón se llama San Francisco —dijo Julio acercándose también a la maqueta—. Es algo anterior al que utilizara aquel Martín Valdés de tu familia y no llegó nunca a hacer la Carrera de Indias.

Julio parecía ansioso por desvelar la historia del barco, como si la maqueta hubiese estado durante mucho tiempo huérfana del interés de los visitantes del despacho.

—Aunque no sería demasiado distinto —comentó mientras señalaba con un gesto de la mano, sin desvelarlos, detalles imprecisos que para él evidenciaban las pequeñas diferencias—. Algo más de arqueo, casi con el mismo armamento, una entena distinta en la arboladura del mesana, los desagües en los puños de la cebadera.

Julio le contó que para montar esa maqueta había partido de un kit comercial; le hizo mejoras sacadas de libros y planos que acercaban el modelo a su realidad histórica.

Martín escudriñaba cada rincón del navío y dirigía preguntas al abogado sobre los pequeños detalles del proceso de construcción.

Julio le explicó los trucos que utilizaba para tensar la arboladura, le describió las herramientas que empleaba para hacer cortes en las piezas más pequeñas, así como los distintos tipos de pegamento que existían y cómo se desarrollaba el procedimiento de pintar o barnizar los detalles más lucidos de la cubierta.

El abogado se explayaba en sus réplicas, tratando de contener su entusiasmo, espoleado por las curiosas y agudas preguntas que le lanzaba su oyente.

El Indiano escuchaba con atención cada respuesta y asentía de tanto en tanto, unas veces con convencimiento y otras con sorpresa.

—Cuento veintiocho cañones —dijo Martín, volviendo la vista hacia Julio.

—Sí, ese es su armamento —respondió el abogado—. Pero para ser exactos, bocas de fuego que puedan llamarse cañones son solo ocho, de veinte a treinta libras. El resto son culebrinas y sacres de la mitad de ese calibre. Una gran potencia de fuego en esa época. Este galeón es de 1586 y formaba parte de la que se llamó Felicísima

Armada, la que se aprestó contra Inglaterra.

—La Armada Invencible —replicó Martín con cierto alborozo,

—La misma. Fue uno de las que consiguió regresar a Santander después de la batalla en el canal, dando la vuelta por Escocia para bajar luego por el Atlántico —Julio se detuvo un momento mientras señalaba una bandera con dos puntas que ondeaba en el palo mesana —. Regresó como nave capitana de lo que quedaba de la Escuadra de Andalucía.

Martín volvió a observar la maqueta, esta vez desde la popa, y pudo imaginar en el alcázar al capitán de esa escuadra mirando ansioso la cola de la estela de su navío tratando de vislumbrar a sus perseguidores ingleses entre la bruma escocesa.

—Tengo referencias de otro galeón que también se llamaba San Francisco —dijo Julio cogiendo uno de sus libros de náutica e historia y señalándole una página a su interlocutor—. Ese sí que estuvo en la Carrera de Indias. Fue la nave capitana de Alonso de Flores en la Flota a Nueva España de 1596.

—Tiene un porte formidable —admitió un sobrecogido Martín.

—Sin duda, es un barco imponente. Aunque no pudo ser el que transportó a tu primer abuelo en 1610 —dijo Julio con rotundidad—, porque fue hundido en la Bahía de Cádiz recién llegado del tornaviaje de ese año, durante el ataque de la flota inglesa del Duque de Essex. La propia tripulación lo hundió para tapar la bocana del puerto e impedir el acceso a la ciudad.

—¡Qué viaje aquél, el de la travesía de todo un océano en una cáscara de nuez! —exclamó Martín con tono evocador mientras se asomaba por el hueco de una tronera que dejaba ver la luz al otro lado de la maqueta.

3

LA TRAVESÍA A NUEVA ESPAÑA

Cuando Martín Valdés bajaba al muelle por la escala del Nuestra Señora de Guía, el buque insignia, para embarcar en el San Cristóbal, el galeón que le había sido asignado, las campanas de todos los buques de la flota picaron las seis de la tarde.

Era 15 de junio de 1610 y en el puerto de Cádiz ya se notaba un cierto revuelo en tierra, pues era sabido de todos que la hora de zarpar sería la de la inmediata bajamar, a las siete.

Se apreciaban apresuradas carreras desde los figones y prostíbulos de soldados libres de servicio, y de las posadas del puerto salían los últimos pasajeros rezagados. Este ajetreo contrastaba con el ordenado rumor reinante entre los marineros embarcados que trajinaban en cubierta y ejecutaban con diligencia las órdenes preliminares al desatraque; éstas eran impartidas desde el alcázar por los oficiales de guardia y repetidas por el segundo, que se movía incansable de proa a popa para hacerlas cumplir.

Sin previo aviso, Lope Díaz de Armendáriz salió de su camarote, pasó rápido por delante de la cabina de su piloto, que en ese momento era ayudado por su segundo a preparar el pinzote, y subió hasta el alcázar. Como aún no era la hora en la que se esperaba al general de la flota para dirigir la maniobra de salir a la mar, cundió un momentáneo desconcierto entre la oficialidad que se encontraba en el puente. Todos se posicionaron mirándole de frente y saludándole para quedar a su disposición, mientras se ofrecían con un solícito «Mi general». Dos jovencísimos guardiamarinas de servicio, de impecable uniforme, se descubrieron al unísono para ponerse a sus órdenes en una rígida y poco espontánea posición de firmes.

Lope Díaz de Armendáriz miró a sus oficiales y les hizo entender, con un gesto despreocupado, que su presencia en el alcázar era circunstancial y no requería de mayor protocolo. La oficialidad allí presente se relajó y retomó sus tareas.

El general de la flota se acercó a la regala de babor, en la banda de